

LUCHA

Sobre el escenario de Córdoba se tiene el tapiz electoral. Se levanta el telón. La orquesta preludia una música coetánea. El público se agita, fúrtivo, preso de la tensión expectativa. Aparecen los luchadores, dejando al aire libre un torbellino por ciento de sus músculos sacudidos. Son dos campeones formidables. El uno responde al nombre de "El gato de la boina", el otro se apoda "El Leopardo Progresista". Su presencia es acogida con largos aplausos. Los partidarios de uno y otro los el "refresco" cargado de una enorme silbata. Los llaman "cárcano". Sopla el pito y los combates se ponen en guardia. El de la boina le previene a su antagonista:

—Vea, compañero, no pegue fuerte en el cuello porque tengo un grano. Ade más, aquí en la oreja izquierda me ha salido un sabañón. Andese con tiento, no sea que me lo reviente. En cuanto a la cintura, no me la agite muy fuerte porque estoy empachado y...

—Viste el quere que le he traído, cárcano? El público, que no oyó el diálogo, se impacienta. Por su parte, el juez sople de nuevo. La lucha comienza.



Este es un nuevo golpe que se llama "picar la retaguardia".

Los inevitables manjares y las intenciones para hacer presa con "manjares" constituyen el primer cuadro. Poco a poco ambos luchadores se van enredando, hasta que "El Leopardo Progresista" consigue agarrar el cuello de su adversario. Este lanza un grito de triunfo como un demonio.

—¡Suéltelo, compañero! ¡No sea bárbaro! ¡Ay! ¡Ay! ¡Mi cogote! ¡Mi pobre cogote!

—¿Se alcohólo herir, compañero. —Que me reviente el grano!

Los partidarios del embolado voltean ran que le largue. El Progresista se hace el zorro, y consigue elevar una cintura de frente. Los dos cam sobre el tapiz. El del grano se defiende con un puñito en la axila.

—Guarda con mi barriga! ¡No apoya tan fuerte! ¡Recuerde que estoy empachado!

—Son cañiles.

"El gato de la boina" se sostiene como un gato panza arriba. Hace esfuerzos "audaces" porque sus espaldas no toquen el suelo. Su rival tiene una idea de bronco. Lo manifiesta repentinamente alizando la ofensiva con unos cuantos cachetes que suenan regular. De pronto,

to, exasperado por la resistencia que le ofrece el "minino", se dedica a morder una oreja. El de la boina grito:

—¡Canibal! ¡Antropófago! ¡Sólo!

La concurrencia se divide en dos bandos. Mientras los partidarios del Progresista ríen a mandibula batiente, los administradores del gato gimen las tribulaciones de su favorito. El de la oreja contunde! ¡Ay! ¡Ay!

—Que carne tan dura y desahogada, ¡So!



"El Gato de la Boina" siente que los tallarines se revelan...

ven.

Intervienen al "refresco" porque los combates se han salido del tapiz. El embolado está hecho una facha.

Por lo apañado, patea una paletita de atorante. Apenas si puede sostenerse, no tanto por los porrazos recibidos como por el "jabón" que se llega al alma.

Reanuda la lucha.

Con violencia de rayo "El Leopardo Progresista" cae sobre su rival. Este exclama:

—¿Qué calor con tanto viento!

Antes que el acontecido tuviera tiempo de responder, lo agarra por la cintura, se lo coloca debajo del brazo con las ancladuras al alanceado alcázar de la mano, y le alza una colección de soberanos azules.

En el público, la incontenible hilaridad de unos contrasta con la vergüenza y la cólera de los otros. Con muy buen fino el juez suspende el asalto. El gato de la boina recibe un papazo que le abala la nariz. Entonces se acerca a las candidas y habla:

—Este papajón no en culpa mía, sino de una comprensión. Yo no soy luchador. Me aseguren que se Progresista del diablo me da a tratar con minio y por eso agérra la boina.

Uno del público grita:

—¿Y usted para qué sirve?

—Soy parano a retos y tony cuando llega la ocasión...

El asunto de las patentadas

MAQUINA ATRAS

De tan innecesaria lógica ha sido el somero asunto de las casas patentadas que la comisión municipal con su precario criterio ha desatendido ya en conciencia aquel famoso decreto que suspendió la otorgación de patentes y renovación de las mismas a todas esas lla casar que estuvieran comprendidas.

entre las calles Callao, Poyredón y Rivadavia, desahondando al barrio sur, único depositario de las maquinillas que viven en esta capital.

De manera que a los del norte los llaman "casas" o "maquinillas" y a los del sur "sitios concupiscentes" y "capaces" por abundancia.

—¿Leado esa Dios! ¿Acaso todavía no se ha apercibido que su firma al pie de ese decreto significa un negocio? ¿Quiere al intendente que le digamos con todas las letras cuáles son los patrocinatorios? ¿A buen entendido podrá palabrarse, dice el refrán: pero ahora tiene la oportunidad de confesar públicamente su buena fe y el entusiasmo de que ha sido víctima.

Los hombres de gobierno se levantan o caen con sus ideas. No vale a tomar lo serio esta expresión el doctor Gramajo, porque está lejos de nuestro ánimo prodigarse la ofensa de llamarse "hombre de gobierno". Pero el momento es propicio para un gesto y no más que aquel otro refrán diga "una golondrina no hace verano", puede dar en boga y quizá bastaría una actitud para consagrarse "ava César".

Proclamó el intendente aquí a fines de "los días están tirados", como si el empujador romano cuando se dispuso a atravesar el Estrecho a Roma por todo. Por lo menos produciría sus efectos salutíferos entre la gente que merodea a la sombra de aquellas inconfesables y con el agravante de haber pertenecido a la repartición municipal.

Los altos funcionarios de la administración deben estar a cubierto de toda sospecha que pueda mortificar su honorabilidad, el doctor Gramajo lo está, de manera que los escorpiones estarían en contradicción con su reconocida honestidad, también él no fuera, que lo es, tan rico, sería como para trasladar por las calles armadas hasta los dientes en prelación de un asalto de infantería ante mucho más pobre que él: perdónes el doctor Gramajo este otro asalto.

Protingiendo, repelimos que los escorpiones son propios de gente que tiene miedo y es subalterno, el intendente para ser realmente un lord mayor, debe balar del pedestal en que se ha colocado y hacer administración en mangas de camisa; indague quienes son los propietarios de esas casas que él ha fulminado, llámelos e interrogúelos. La jerarquía del idioma que hablan le será un poco difícil comprenderla, pero con buena voluntad y aguzando el oído escuchará revelaciones interesantes. No fene en la reserva ni en la discreción de estas personas, pues con tal de salir bien son capaces de fundar a Cristo.

Hoy ya no consiste en dejar sin efecto la resolución tomada; lo fundamental es sacar el asyo y evitar que a su sombra se realice el negocio vergonzoso de los 100.000 pesos.

OPULENCIA Y MISERIA

Alzamiento de obreros rurales

Un tren perteneciente al P. C. Central Argentino, en vía de Tucumán, esta capital, fué asaltado ayer en las

estaciones Cruz Alta y Ranchulín, por dos numerosos contingentes de obreros que pretendían trasladarse gratuitamente en procura de trabajo a los centros agrícolas de Santa Fe, donde han comenzado ya las faenas de la cosecha.

El año anterior ocurrió igual accidente en diversas regiones agrarias del sur y oeste de la provincia de Buenos Aires y del territorio de la Fauna, organizados en idéntico motivo: la falta de trabajo y la ausencia de medios, en los obreros rurales, para trasladarse de un punto a otro, a fin de poder dar cumplimiento a sus anhelos. Obreros ya he la impresión de la crisis determinada por la guerra europea sobre la economía nacional, que portó un profundo malestar, desde el primer momento, las normales condiciones de la vida argentina. Perpetuo el gobierno ante la novedad del insólito fenómeno, para conjurar, aprió al cuarteto acortar: al unche de las policías, haciendo uso del radicalismo principio de que la miseria como el crimen, debe ser contenida a palos. Adaptando el remedio a tan fértil criterio se sancionó con la infalible suficiencia de la subalterna oficial, que las menudas hambrientas de los obreros rurales sin trabajo, constituyen una mera aventura de pillaje, a las que convenia dar, en vez de pan o de leonada, ocasión al empleo de sus energías laboriosas, leña limpia y en abundancia.

El hecho caracterizaba a todas luces la revelación de un fenómeno hasta entonces desconocido, en el organismo económico de la nación y exigía, como cuenciamiento, una claudicación, prevista por parte del gobierno a fin de limitar lo por los más justas protecciones presentes y futuras recrudescientes.

Políticamente para el país, el gobierno del doctor de la Plaza,—hoy como ayer mañana como hoy y siempre igual,—no intentó en aquella circunstancia, la más leve iniciativa tendiente a contener el desarrollo del fenómeno, antes bien, pidió paz y tranquilidad para la inconvertible elaboración de sus digestiones ocultas e inconmensurables superiores a todo evento, o parolando la expresión "opulenatueras", desplazadas más allá del pie y del mal...

El fenómeno se reproduce nuevamente hoy. El asalto de obreros rurales sin trabajo a los trenes, no es, como pretende la subalterna política, un caso de bandolería; es un caso de miseria calada, como lo es de la necesidad absoluta la gestión gubernativa. "Ingeniería" se llama opulencia y despectivamente, a aquellos hambrientos trabajadores errantes, sin recursos y sin pan, que se ven obligados a mendigar, hasta por el amor de Dios, el destino miserable de un vil salario en las opulentas "fincas" agrícolas del país, tanto así como para no morir de hambre.

Una verdad, difiere una obligación ineludible, una ley de la naturaleza es, que todos los habitantes del país deben vivir mundos de suficientes recursos, que les permita fumar puros y viajar de primera en nuestros "moletones" ferroviarios... Tal es el criterio oficial. Pero también es exacto, es ley social, que la miseria llega a ciertos límites y de borbonda en violencia...

Un pronóstico

EL PADRE JUSTO FALTA!

—Caballero joven.

—Sírveme periódicos.

—Nos alegramos de verlo rezoante.

—Gracias.

—El notario juvenil.

—Mire.

—He que se mantenga tico.

—¡Gracioso! Pero, ¿en qué puedo servir útil?

—Vrd usted. Conocemos su ciencia, necesitamos su talento y sabemos su maravillosa intencionalidad.

—Al grano.

—¿Dijo, como todo el mundo anda en tren de apuestas con respecto a quien vencerá en las elecciones de Córdoba, nosotros desahondamos saber su palpitio.

—¿Quiere usted ser tan gallardo de...?

—No tengo inconveniente. Escuchen con atención.

—¡Sonos otros desde la coronilla a los pies.

—Yo opino que en este match ganarán los democratas. Sus adversarios son pupa.

—De nada le servirá a los feligreses del insignificante irigoyen haberse llevado a su ídolo. Don Hipólito no toca pito ni en Córdoba ni en Jujá. Yo lo conozco, amigo, ¡vaya al lo conozco!

—Tal vez lo oígue un poco la parolón.

—Cada de eso. Lo que digo es una verdad como que Giménez se me ha vuelto insostenible. Los radicales han hecho una tontera, con el viaje de irigoyen a Córdoba. Los que le concenian simplemente de nombre, como a las dividades, se habrán desorientado frente a la realidad de su presencia. Ese poder de carisma (que no se lleva a la rodilla), bien se estaba tomando nado en su rostro impenetrable. Si lo heberlo movido es un disparate mayúsculo. De él se podría decir con el de la Triana Fígura, que peor es mesculo.

—¿Cuánta sateliza!

—Pero, todo tiene su explicación. Mi amigo Croto...

—¿Amigo?

—Es una sátira.

—¡Ah!

—Bueno: el senador radical se reconcilia en estos últimos tiempos un poco apollado. Su personalidad robaba como bola sin manija de un lado para otro, y sobre sus cordillas se frapaban los más descomulgados ticos. Sintió que sus bríos se marchitaban como una flor civilizada sobre un volcán.

—Siempre el mismo elemento.

—Gracias, otra vez. Les ha dicho que Croto, persuadido de su desmerecimiento decidió suplicarles a los colegas que desembranaran a don Hipólito.

—Pero, disculpemos usted, ¿y todas esas explicaciones qué tienen que ver con la cuestión de Córdoba?

—No querían saber mi argumento sobre quienes serán los vencedores?

—¡Exacto.

—Pues les ha manifestando que los radicales perderán por culpa de irigoyen.

MANIQUES
de la Franco Ortega
SALTA N° 15
Talleres
INDEPENDENCIA 3325
Sucursal en Montevideo
SORIANO No. 965

—Seguimos sin ceder.

—Difírase que tienen tapada la mollera, alféndica.

—Atendamos.

—Cada vez que el fatídico de don Hipólito se decide a lamiscurar se asusca electoralmente, metió la pata. Por que han de saber ustedes que el doctor Roca me lo ha contado en secreto: el pobre irigoyen es "jetulero", con el agravante de que no hay herradura que lo resista...

LA ETERNA PLAGA

Es para preguntarse si hay tantos incantes, e incantes en esta gran "Bosa Sarita". No transitanos una cuadra sin que un chetio, o un grando, no sgarque un papavito con el conandado: "Acaba de llegar. El profesor, (o la profesora) tñ. Maravillosos descubrimientos, ¡quiere usted ser feliz?... etc. etc."

La propaganda de estos cultores del cristianismo, aunque proporciones alarmantes, máxime cuando parecía que sólo con Hipólito irigoyen y donado adolito de botas, se habían apareado con de charlar sin que ni Dios, con ser el sumo hacedor de la creación, llegue a entenderlos.

Más aún: sabemos de una revista que vea en grandes caracteres sobre el acpite del edictario:

"Siendo esta revista de índole puramente familiar, la administración rechaza todo aviso que pueda encerrar un engaño, o un perjuicio para sus lectores."

Y esa "palera y familiar" revista publica siete anuncios de otros tantos embaucadores y charlatanes. Creemos que no puede hacerse por menos, y creemos también, (que en esto de creer, somos bastos), que a la policía incumba el adoptar alguna medida, para todos estos personajes, que "adivinan el pasado" y presentan el porvenir, van un poquito, cualquier cosa... se entretienen con los espíritus del otro lado del charco... y de la madre Cere, pasando las doce de la noche. Con lo cual infringen descaradamente una de las más serias disposiciones dictadas por nuestro lord mayor don Arturo Gramajo, a quien Dios (con minúscula) guarde muchos años...

Voltemos sobre el asunto, con toda la dedicación que se merecen los cuatro profesores de charla ocultas.

UNA PREGUNTA SATISFECHA

EL PERIODISTA. — Qué es aquello que llevan en la carreta.

EL SERVIO. — Las narices del zar de Bulgaria que como se le han hinchado van a que se las deshinchen los ingleses.



